

Decimocuarto domingo del Tiempo Ordinario B2024

Quiero comenzar esta homilía con una anécdota. Una vez estaba visitando a un familiar en el este de Italia, a orillas del mar Adriático, en la región de Ancona. Mientras conducíamos desde donde vivía mi sobrino, llegamos a un pueblo vecino. En el centro de la pueblada había un hermoso monumento rodeado de flores, dedicado a un tal Roberto Mancini, ex entrenador del equipo de fútbol italiano.

Mi pregunta a mi sobrino y sus amigos fue saber por qué era importante dedicarle un monumento a ese hombre. Su respuesta fue: él era importante para el pueblo. Representó el logro de los hijos e hijas de la pueblada que fueron capaces de alcanzar tal prominencia a nivel nacional. Para ellos, Mancini era un héroe y un modelo para muchos jóvenes del pueblo.

Lo que escuché me llevó a hacer una conexión directa con el Evangelio de Jesús en su lugar natal. Pude ver el contraste entre ese hombre y nuestro Señor, un contraste que nos enseña mucho, cómo la gente da más valor a las cosas de este mundo que a las cosas de Dios.

El pueblo de Nazaret rechazó a nuestro Señor porque lo veía como un hombre común y corriente a cuya familia y parientes conocían muy bien. A su juicio, el valor de una persona estaba determinado por sus antecedentes familiares y su pedigrí. No vieron ningún logro en él que pudiera impulsarlos a apreciarlo.

La verdad, sin embargo, es que lo que somos no se puede medir únicamente por nuestra herencia familiar. Puede que provengamos de una familia modesta o de un entorno pobre, pero podemos ser portadores de grandes ideas. La historia del mundo ha demostrado que esto es cierto de muchas maneras. El valor de una persona no depende de su familia, sino de lo que uno es capaz de aportar a los demás.

Además, una buena familia no significa necesariamente una buena descendencia. El gran problema del pueblo de Nazaret vino del cierre de sus corazones a la gracia de Dios manifestada en nuestro Señor. Se equivocaron al creer que Dios no podía estar presente en Jesús. Nuestro Señor no era sólo hijo de María y José; él era sobre todo el hijo de Dios. La sabiduría y el poder que aportó en sus enseñanzas y acciones no fueron humanos, sino divinos.

El error del pueblo de Nazaret fue creer que Dios no podía usar a alguien como nuestro Señor para hablar con ellos. Y, sin embargo, Dios realiza obras extraordinarias utilizando lo que la gente desprecia y considera sin valor. Seguramente los habitantes de Nazaret quedaron conmovidos por la sabiduría y las enseñanzas de nuestro Señor. Aun así, no cambiaron de opinión sobre él. Se aferraron aún más obstinadamente a sus propias ideas y se negaron a escuchar al enviado para salvarlos.

Un error así se puede repetir incluso hoy. ¿Cuántas personas tienen problemas con el sacramento de la confesión por la sencilla razón de que, considerando al sacerdote como un ser humano como ellos, no ven cómo podría ser capaz de perdonar sus pecados?

Estas dificultades de nuestro Señor en su lugar natal sacan a la luz la misión del profeta y sus exigencias. Como revela la primera lectura, ser profeta, como lo fue para Ezequiel, es una tarea difícil. No hay garantía de que el pueblo al que se envía el profeta lo escuche.

Sin embargo, el profeta debe cumplir con su deber según lo que Dios exige, sin buscar agradarse a sí mismo. Si se escucha más a sí mismo que a nuestro Señor, pondrá en peligro su trabajo. Si a pesar de todo lo que pudo hacer en su trabajo, el resultado no llega, debe recurrir sólo a Dios que le dio esta tarea. En otras palabras, la recompensa del profeta reside más en su fidelidad a Dios y a su misión que en el éxito humano de su apostolado.

Una tal visión tiene que llevarnos a moderar las opiniones negativas que algunas personas tienen cuando el trabajo de la Iglesia no sale como se esperaba. Por ejemplo, estos últimos días se habla de la escasez de sacerdotes, del escándalo sexual e incluso de la disminución de la práctica cristiana. Como solución, algunos proponen cosas extremas como el matrimonio de sacerdotes, la ordenación de mujeres o de parejas casadas, etc. Otros acusan a la Iglesia de haberse vuelto demasiado liberal. Algunos otros proponen incluso el regreso al Vaticano I en lugar del Vaticano II.

Estas preocupaciones son legítimas y no deben descartarse sin un examen serio. Sin embargo, tengo algunas preguntas: ¿Quién puede enseñar mejor que nuestro Señor Jesús? ¿Quién puede hacer mejor su trabajo que nuestro Señor mismo? Y, sin embargo, ante su propio pueblo, nuestro Señor no logró convertirlos. Su impotencia ante la incredulidad de sus compatriotas manifiesta su infinito respeto por la libertad humana.

Seguramente Dios quiere nuestra salvación; pero nunca nos obligará a creer en él. Como dijo una vez San Agustín: “Dios nos ha creado sin nosotros. Pero no nos salvará sin nosotros”. Nuestra cooperación a la obra de salvación es muy importante. Si no hacemos algo por nuestra salvación, no nos pasará nada. Los milagros sólo les suceden a aquellos que se abren a Dios.

Creo que es hora de que integremos en nuestra espiritualidad la realidad del fracaso. Lo que digo no es que debemos ser complacientes con nuestro deber. Tenemos que reconocer la verdad de que, a pesar de nuestra buena voluntad, puede suceder que no cumplamos con nuestro deber. Por tanto, no debemos desanimarnos. En cambio, tenemos que intentarlo una y otra vez, según nuestras capacidades y habilidades, contando con la gracia de Dios. Tenemos que empezar de nuevo, aunque el resultado no sea evidente. Esto es lo que san Pablo ha hecho en su ministerio, como segunda lectura testigua en lo que nuestro Señor le dijo: “Te basta mi gracia, porque mi poder se manifiesta en la debilidad”. Ésta debe ser nuestra oración ante Dios para que nos ayude a contar más con él que con nosotros mismos.

Ezequiel 2: 2-5; 2 Corintios 12: 7-10; Marcos 6: 1-6



Fecha de la Homilía: el 07 de Julio 2024

© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240707homilia.pdf